

Guión para Titaguas

17 de agosto

Todos vestidos de negro formal.

Corbatas blancas o de colores variados.

Elementos de cocina para disfrazarse (delantales, gorros...)

Imprescindible una cacerola que hará las veces de cencerro.

Octavillas encabezadas por algunos de los logos de Quique con el programa simulando la carta de un restaurante.

Se entra y deambula con la parte lenta de **Just a Colser Walk**¹.

Después de la parte lenta, se inician los parlamentos:

¹ Como el local no parece muy espacioso, tendremos que deambular entre la gente mientras toquemos la entrada. En ese momento se lanzarán al aire las octavillas con el programa/menú.

Triste, muy triste. ¿ Verdad?

Esto no va a ser un recital, ni un concierto, ni una audición. Va a ser una confesión, un réquiem, una pataleta, un desahogo como éste:

Parte rápida de **Just a Colser Walk**.

Continúa el parlamento:

Puffff. Sí, lo declaramos abiertamente. Somos, no, éramos trabajadores del mejor restaurante, la gran Brasserie!!.

Bueno, el comedor no tenía nada de especial. Ya se sabe:

Estaba el tipo de la mesa cinco, gordo, pastoso, con una rubia diferente cada jueves...

Estaba el doctor con sus “cenas ligeritas”: alguna ensalada, pescadito hervido, verduritas a la plancha y luego a empalmar chupitos de aguardiente, por la falta de proteínas, decía.

Estaba la pareja de la Guardia Civil, matándose a carajas en la barra, por aquello de que la ronda era larga y fría. Hasta en agosto, decían.

Pero la cocina, la cocina... La marcha, el morbo, el acabose, ¡¡¡ la vida entera estaba en la cocina!!!. Puf, ¡ no veas!

Un paraíso de cazos, cucharones, espumaderas, espátulas... relucientes, muy relucientes

Sartenes, parrillas, planchas, morteros... relucientes, muy relucientes

Moldes, cortapastas, rustideras, coladores... relucientes, muy relucientes

Y en mitad de ese paraíso, nosotros. SI, nosotros.

Felices. De blanco, de un blanco reluciente

Gorros blancos, pantalones blancos, mandiles blancos

(Pero las bragas de colorines).

Todo era paz, tranquilidad, elegancia.

Vamos, a la marcheta. Algo tan tranqui como esto:

Se toca el vals de **Charade**.

Una de cremita de espárragos y pechugas con dados de guijuelo...

Una sopita con berberechos y almejas al estragón...

Unas chuletitas al Cabrales... o unas Atascaburras

Una de dulce de Casablanca de almendras y bastela...

Ahhhhhhh. Hasta que pasó lo que pasó.

Lo del emigrante. Ya te digo.

No era emigrante, era argentino. Horrible.

No era argentino, pero fue lamentable.

Hablaba como un argentino y peor, imposible.

Ni emigrante, ni argentino ni puñetas: un fraude, un chasco, un degenerao.

Y el caso es que hay que ver cómo controlaba las brasas: su empanada criolla era suprema, el bife de chorizo con chimichurri y calabazas salteadas lo bordaba!

Sí, pero los emigrantes, ya se sabe.

Los argentinos

Los depravados

Un día ponen mala cara, al otro se marchitan, al siguiente que si estoy triste, que si mi pebeta me tanga...

Y se vienen abajo, abajo, abajo y... en fin, que el emigrante se derrumbó.

No se derrumbó, se encerró.

Y no era emigrante, era argentino.

Bueno, que iba a hacer el pobre tipo, a 14.000 kilómetros de su casa; Otros se suben a una grua.

El caso es que todo estaba normal y al cabo de un momento, Pataplum; un cisco de no te menees.

Empiezan a salir de la cámara refrigerante unos ruidos impresionantes.

Pam, Pum, Catacrash, Plus y Zassss. Una de trompadas que ni te cuento.

Y lo peor no es eso, lo peor es que se oía música, luego bramidos, luego más música y de vez en cuando un grito, vamos un aullido que decía *Al que me diga argentino lo acabooo y ¡¡¡¡¡ Viva la República Oriental del Uruguay!!!!*

Y venga a llorar y vengan los golpes. Al final, se montó más que un pollo.

La leche.

No, el lechón

Bueno, pero acudieron todos. La pareja de civiles que si abra usted a la autoridad, el médico rebuscando para ver si llevaba calmantes, nosotros rebuscando para ver dónde había herramientas, el de la mesa cinco rebuscando para ver dónde estaba el libro de reclamaciones...

Dos horas nos tuvo allí el mamarracho y cuando salió (porque al final salió) no veas el espectáculo.

Hecho un mar de lágrimas, abrazaba a un lechón, pero de 6 kilos, que llevaba una gallina de corral alrededor del cuello. ¡ Oye, y sin desplumar, tú!. La gallina sin desplumar.

Y la pareja de civiles que había que a ver si iba a ser cosa de las braguitas de colores.

Y el doctor que no tenía un diagnóstico claro, que necesitaba más aguardiente.
Y el de la mesa cinco en plan virtuoso: dando por culo con el dichoso libro de reclamaciones mientras le metía mano a la rubia de ese jueves.
Fíjate que hasta hubo dos camareros que lloraban en plan solidaridad.
Al final, todos estuvieron de acuerdo en reconstruir el numerito.
Hasta el emigrante, que abrazó al lechón, le arregló las plumas del cuello y luego lo untó bien de manteca.
Mi mina, compredés, mi mina – decía el pobre—mi pebeta nalgona me tanga.
Claro, los civiles saltaron: además de escándalo público, ¿guarrerías?
El doctor diagnosticó un ataque agudo de nostalgia y pidió otro chupito.
El de la mesa cinco, muy culto él, aclaró que cuando la pebeta te tanga es que la novia te los está poniendo a base de bien.
¿Y la mantequilla, joder?
No, vos sabés, es que mi nalgoncita suda mucho.
Loco estaba, pero hay que ver lo que bailó con el lechón y con qué música...

Se toca **La cumparsita**.

De resultas de la crisis, el amo del restaurante, a quien no conocíamos, envió telegrama
“El emigrante a la puta calle. STOP. Valor y disciplina. STOP. Os envió un recochin.
¿ Comooo?
Disciplina. STOP. Os envió un chenchumin
¿ Un chino?
Un che cosin... a ver
Un checo sina
¿ Queeeeeee?
Un chef cuisine
¿ Qué es eso?
Que qué es eso...
Pues mirad, un tipo más seco que una empanada de talco, más estirado que las cejas de la Obregón, más engominado que Mario Conde, cuatro pelos en fila india que le hacían de bigotillo y que sólo decía una palabra en español:
Gritmou, Gritmou
¡ Un franchute!
Oui: nos cambió la carta, nos cambió la manera de cortar en juliana, nos cambió el ritmo del curro, nos prohibió las braguitas de colores, nos cambió la decoración y nos cambió la vida.
Iba y decía:
Nage de poulet au gingembre et au lait de coco.
O sea, una sopita cubierta, ¿ no?
Bouillon au jarret de veau et légumes de printemps
Claaro, verduritas estofadas de toda la vida.
Feuilletés de chèvre au miel et à la fleur du thym frais.
No, mire usted, aquí es que las cabras son muy asustadizas.
Amandine tout chocolat de Monique
Baba au rhum vieux et à l’ananas confit
No, eso si que no, lo de las babas con piña como que queda guarro, ¿ no comprende?
Y no, no comprendía.
Mas gritmou, más gritmou, decía. Y nosotros sin resuello: el fregaplatos casi se nos ahoga, el planchista no paraba de quemarse los dedos, el repostero acababa con unos vértigos de la hostia de tanto batir y remover y sí, los camatas muy refinados, el sommelier la pera... pero el comedor se nos iba quedando vacío.
Algún turista despistado, algún grupo de jubilados japoneses...
La pareja de civiles ya ni pensar en los carajas: habíamos pasado del terry de toda la vida al armagnac y el coñac Napoleón.
El doctor se dejaba ver hasta que comprobó que las ensaladas estaban hechas con un plato inmenso, una hojita de cogollo y un tomatito cherry. Y ya. Dijo que tanta salud le abrumaba.
Hubo una semana en que sólo vinieron los niños de primero del Liceo Francés, a practicar pronunciación leyendo la carta.
Y no se le ocurre otra idea al franchute que ponernos una coreografía. Con gritmou, claro.

Vamos, para que os hagáis una idea, algo así

(Una pernera del pantalón levantada, mostrando una liga y)

Se toca **Can-Can't**

Menos mal que un agujero tapa otro y una crisis se arregla con otro desastre.

Porque sí, vino el desastre.

Ahora que los civiles se las habían arreglado para que el Pastiss figurara en dietas y kilometraje.

Ahora que el doctor se traía a los colegas (pagaban ellos) para presumir de restaurante chic.

Ahora que el gordo de la 5 ya no les decía a las rubias “cómo me pones, tía” sino “comme vous est chic, ma chérie”

Entonces, en un momento de descuido

No. ¡ Oh no!

No fue un grito desgarrador. Fue un tarareo.

(Se tararean las primeras notas de The Saints)

El pinche tercero, fíjate tú, subempleado, después de un postgrado en charcutería, dos títulos oficiales en sopas frías y consomés y un montón de créditos en despiece de vacuno.

Alguien brillante, con mucho futuro. Bueno, pues va el chaval y se descontrola, se ralla y monta otro número.

Tremendo. Se había metido en la cámara frigorífica, había enganchado al lechón y con un machete de carnicero

Tal que así, petrificado y tarareando.

Tarareaba, tú.

(Se tararean las primeras notas de The Saints)

Bueno, vinieron todos, claro.

Los civiles que si el caso era difícil, que consultaban al cuartelillo.

El gordo de la cinco que no volvía, que ahora sí que no volvía.

Los del cuartelillo que había que consultar con subdelegación del gobierno.

El doctor discutiendo con los colegas:

El uno que aquello era cosa de que al chaval le faltaba sexo.

El otro que no, que el chaval no tenía nada de sexo.

El otro que sí, que lo que tenía era demasiado sexo. O efecto de las bragas de colorines, o un caso claro de homosexualidad encubierta.

Que si quería matar a su madre.

Que su madre ni usaba bragas de colorines.

Que si “Puri, búscame el libro de reclamaciones”

Que en subdelegación pasaban el tema al ministerio.

Que su madre no era un lechón.

Y en esto que entra una abuela: ¿ El water no es aquí? Y cuando ve al chaval, allí, bíblico, en pleno sacrificio de Isaac, va y dice

¿ Ese qué es?. ¿ Un místico?

Y lo clavó, tú. La abuela lo clavó.

(Se tararean las primeras notas de The Saints)

Los civiles que si había que ir a por el viático.

Los doctores que sí, que iba a ser cosa de rezar.
La Puri que ella llevaba un rosario.
Y nada, ya nos tienes allí a todos, al gordo y a la Puri, a los civiles, a los camareros llorando, a los doctores y a la cocina en pleno, todos de rodillas a las órdenes de la abuela.
Y a un señor bajito, calvo, que miraba con mucho interés desde detrás de unas gafas como culos de botellas de cava.
Y el lechón allí en medio y tal.
El chaval tarareaba y los demás le contestábamos con las aleluyas y toda la pesca.
La cosa quedó más o menos como sigue:

(Se toca **The Saints Allelujah**)

Después de la ceremonia, conseguimos que el chico parpadeara.
Y luego, claro: telegrama que te crío:
El místico a la puta calle. STOP. El franchute también. STOP. Valor y disciplina.
STOP. Dedicaoos al ajoarriero, que es lo vuestro.
Pasaban los días y aquello volvía a coger color.
Hasta hicimos clientes nuevos.
Los doctores preguntaban que cuándo repetíamos la sesión.
El señor bajito y calvo se había hecho adicto al menú degustación.
Lo civiles hasta hacían gárgaras con el Terry. Ya no echaban de menos el Napoleón.
Un tipo con la gabardina gris, el traje gris y la cara gris, parecía que siempre andaba de Semana Santa: venga a hartarse de bacalao y pestiños!
Al de la mesa cinco le pasaba algo, porque todos los jueves aparecía con la Puri. Es decir, con la misma Puri.
Y de repente, ¡plaff! Otro telegrama:
Todos a la puta calle. STOP. Disciplina y valor. STOP. Os han pillado en bragas.
Mmmmmm ¿ de colorines? .
No, el tema era más grave.
Los civiles habían recibido dos denuncias.
La primera de Sanidad, donde se hablaba de la existencia de un lechón fósil que, sin embargo, figuraba en el menú degustación.
La segunda del Episcopado, acusándonos de celebrar ceremonias vudú en la cámara frigorífica, con gallinas sin desplumar y tal.
Además, se comprobó que en el libro de reclamaciones estaba llenísimo, ya no quedaban ni los márgenes para reclamar.
Y entonces, ¿ sabéis qué?
Ellos nos cerraron el local y nosotros tomamos al lechón como rehén y nos encerramos en la cámara.
No fue una mala época.
Se estaba fresquito.
Mientras reivindicábamos, había que distraerse; así que nos pusimos a hacer cursos por correspondencia.
Y como de cocinitas ya andábamos sobrados, pues elegimos un variadito:
Manejo de las corcheas sincopadas.

Cómo relajarse ante el miedo escénico.
Orgasmos prolongados a través del sexo Mantra.
Cómo interpretar a Bach sin dormir hasta las piedras.
Escritura de guiones mínimamente ingeniosos.
Domine el trombón en tres meses u olvídense de todo.
La trompa para inútiles, con 100 ejercicios prácticos...
El caso era resistir y hubiéramos podido quedarnos hasta que cambiaran al ministro y jubilaran al obispo.
Pero pasó algo mejor.
Un buen día, el gordo de la mesa cinco, burlando la vigilancia de los civiles, se nos presentó en la cámara queriendo hacer negocio.
El muy quinquini nos cambiaba todo el cacharrerío de la cocina por unos instrumentos que le había pasado un quinteto fracasado.
Nos lo pensamos poco.
Las cacerolas estaban que daban pena, pero los instrumentos eran relucientes, muy relucientes...
Mientras estudiábamos a distancia teníamos que tararear pero ahora, ahora, por fin podíamos hacer una prueba.
La primera vez sonamos así:

(Se toca **Lennon and McCartney Suite**)

Podía ser. Quizá podíamos dejar las brasas y dedicarnos a los latones.
Pero había que decidir el estilo.
¡ Y el nombre!
El laylo-laylo estaba de moda, quizá...“Vitaminas pa’ los tímpanos” estaba bien.
El heavy nos atraía. Pero “Metallica” ya estaba pillado.
La música máquina nos iba, pero llamarnos “Compañía de Válvulas y Pistones “ no molaba.
Igual podíamos probar algo clásico. Del estilo de...

(Se tocan los primeros compases de **Intermezzo** que se interrumpe)

Pssssssssssss, no sé...
Es que llamarnos “Entrada de los vientos” o, peor, “Vientos salientes”
Como que no.
Y entonces, se nos ocurrió la mejor idea: ser nosotros mismos.
Víctor, el trombón
Cristóbal y Mario, los trompetas
Bea, la trompa.
Carlos, el güelo.

Habíamos salido de las brasas, queríamos seguir dando la brasa.
Seríamos Brasserie, los Metales de Tavernes.
Con gritmo, con gritmo.

No fuimos malos cocineros. A vosotros os toca decir si podemos ser músicos decentes.

Así que a esta triste historia, que no ha sido un concierto, ni una audición, ni un recital, sino una confesión, un desahogo, sólo le queda la parte del examen.

Si no lo conseguimos, nuestro más profundo arrepentimiento.

Si nos aprobáis, nuestro mayor agradecimiento.

(Se toca **Buster Keaton Blues**)

Bises opcionales: versión corta de The Saints y, en su caso, Teleñecos.